

fico. Hay una tragedia en esa noble resignación con que Caso se somete a que su biblioteca, lo que era sin duda más suyo, lo que más le pertenecía, lo que más le consolaba, lo que más le acariciaba, arrancara en carreteles en pos del librero de la esquina del Relox. El generoso teorizante espiritualista sonrío, empero, a las observaciones amorosas de los discípulos. Y él, que es un hogareño incorregible, que en su exedra tiene su entelequia, que por los muros familiares entona sus más bellos epinicios, él dice ahora que, frente a los números nada pudieron los textos. Y por economía, por dignidad de hombre pobre, por espanto a las deudas, el maestro solicitó al librero y se desprendió de sus libros.

Yo veo en todo esto un drama conmovedor por lo que Caso representa y amargo por lo que dicen los íntimos del maestro. Los íntimos dicen: al abandonar la rectoría de la Universidad, Caso no tenía perfectamente definidos sus asuntos económicos. Quedó sólo con sus dos cátedras, y a estas entradas agregó una colaboración semanal en *Revista de Revistas*. Pero el erario padece ahora crisis, los emolumentos no son pagados con puntualidad, y la vida es insaciable y es mala. Caso pudo recurrir a un amigo, de los muchos que le admiran y le quieren. Mas he aquí que el bergsoniano optimista desconfiaba, recelaba, no tenía fe en la amistad de los acaudalados. Acaso, no hubiera por un momento dudado de un discípulo cordial y comprensivo. Pero ¡ay! los discípulos comprensivos y cordiales pocas veces llevan oro en la escarcela. Cuando esos discípulos, ya hombres, se hacen ricos, vuélvense a menudo desmemoriados.

El maestro fué a ver a Porrúa y le propuso la venta de su biblioteca. Porrúa no creyó en un principio. El maestro insistió una y otra vez. Al cabo, recogió a Porrúa en un coche. Y Porrúa no pudo ya negarse.

Ahí están ahora, en la librería patriarcal y obscura, dos mil tomos del maestro. La aventura tiene un horrible significado y sugiere una triste enseñanza. Vasconcelos y Caso son directores, aún sin quererlo, de dos movimientos intelectuales en su patria. A Caso se le respeta con fervor y se le sigue con devoción en el aula. Sin embargo, un día, por un error, por una convicción, por una idea, Caso se aparta de la Universidad. Y cuando apaga la luz en la rectoría, abre el interruptor en la biblioteca de su hogar y llama a un librero para venderle sus libros.

Para desprenderse—digo yo—a jirones, de su alma.

GASTÓN ROGER

(El Mundo, México, D. F.)

## Contra y por Rubén Darío

Madrid: 25-octubre-1923.

Sr. D. J. L. Pando Baura.

Junta Suprema de Patronato del Primer Congreso de Juventudes Hispano-americanas. — Secretaría: Excmo. Ayuntamiento de Madrid, (España).

Muy señor mío: he recibido su atenta carta circular del 22 del corriente, en la que me invita usted a aceptar mi designación para vocal de la Junta que ha de entender en la erección de un monumento, en Madrid, a Rubén Darío.

Agradezco profundamente el honor que me hacen usted, esa «Juventud Hispano americana y las personalidades adheridas a la idea»; pero lamento tener que decirle que no me son gratos estos negocios de hispano-americanismo de oficio, liceo y junta suprema, y que, por lo tanto, me es imposible aceptar designación tan honrosa para mí en sí misma y más con la compañía de los variados señores que constituyen dicha Junta: — Presidente: Armando Palacio Valdés. — Vocales: Azorín, José Ortega y Gasset, José María Salaverría, Ramón Pérez de Ayala, Antonio Machado, E. Gómez de Baquero, Eduardo Marquina, Emilio Carrere, Luis de Tapia, Antonio Espina, Antonio de Hoyos y Vinent, Enrique de Mesa, R. Goy de Silva, Adolfo Cuenca, José de la Cueva. — Secretario: J. L. Pando Baura.

La ¿popularidad? que, desde los últimos años de su vida, arrastra diariamente a Rubén Darío de un lado absurdo a otro vano, nace, por desdicha del poeta, de aquellas vagas concesiones de su turbio ocaso, que sería más piadoso borrar para siempre con una oscura noche limpia. La gente toda, con motivo o sin él, viene cogiendo, hace diez o doce años, al bondadoso y grande americano—como otro día a nuestro pobre andaluz Bécquer,—para lugar común constante—cita, parodia—de una ridícula, barata farsa de gloria.

### Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieran colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

¡No, no más! Si el poeta, al final de su traqueteada y triste existencia, cayó un poco—por sinrazones sólo disculpables «en él», que tanto tenía de razón alta—en ciertos nauseabundos beleños de patriotería, academicismo y compadreo fácil, la obligación de quienes lo admiramos de veras es no hundirlo más—con la pesada mortaja de un uniforme que él se puso a veces, inconcientemente, como un niño—en ellos; sino levantarlo, en una purificación de respetuoso «olvido transitorio», hasta que quede únicamente de él lo que no puede nunca entrar en carroza de cartón ni velada de encrucijado Ateneo, a una música celestial... de plafón con semimusas.

En cuanto a la idea concreta del monumento: el Rubén Darío que tenemos la ineludible deuda de perpetuar en esta España que tales pruebas le mereció de exaltación y cariño, no puede ser—insisto, porque será necesario insistir mucho en esto—ese Rubén Darío tan manoseado por ahí, de revista cuché y latina de modas, turné de ballena indefensa, postal, álbum, abanico y ¡ay! prólogo de compromiso diplomático o periodístico: cantor vicioso que correspondería a un bloque nefasto de esos que van cayendo sobre Madrid; sino el otro, mejor, el «uno», arisco y desnudo, de la mar, la carne y el cielo; «presencia» que se evadirá ino lo dudéis! de glorietas de quita y pon, de encostados y machuchos pedruscos «de la raza», de procesiones cívicas, de amparos de comedia. Y éste lo que anda pidiendo a gritos divinos es... edición seria y cuidada, lectura tranquila en ella, ino más empalagosa imitación!, y gozo ardiente, recogido.

Estoy seguro de que doy alegría a la sombra tolerante de mi inolvidable amigo y maestro no interviniendo en favor de este asunto monumental. Si hay quienes piensen como yo, me declaro dispuesto a formar parte con ellos de una agrupación contra «ese» monumento y por el otro: la edición perfecta, sólida, sencilla, definitiva, que digo, de su obra buena.

Usted, Sr. Pando Baura, me perdonará, y con usted esa «Juventud Hispano-americana y esas personalidades adheridas», si con esta carta contrarío los intereses de ustedes; pero he creído que mi deber era escribirla y publicarla. Si en otra cosa más de acuerdo con mi modo de sentir y pensar puedo servirle, cuente con su afmo. y muy reconocido s. s. q. b. s. m.,

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

(España, Madrid).